



El cristianismo es principalmente para ser practicado, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a vivir el Evangelio en la vida cotidiana

Ha escrito el obispo de Vitoria, [Juan Carlos Elizalde](#), que el corazón de la exhortación del Papa **Francisco** ([Gaudete et exsultate](#)) sobre la santidad es el discurso de las bienaventuranzas y la parábola del juicio final. Así es, no solo porque ocupan el capítulo central (tercero) del documento, sino porque muestran el rostro de Cristo y por tanto, **el rostro de la santidad del cristiano**.

Las [bienaventuranzas](#) constituyen, en efecto, con expresión del Papa, **“el carnet de identidad del cristiano”**.

En su libro [La felicidad donde no se espera](#), sostiene **Jacques Philippe** que el texto de las bienaventuranzas “contiene toda la novedad del Evangelio, toda su sabiduría y su fuerza para transformar en profundidad el corazón del hombre y renovar el mundo”.

El corazón nuevo

“En ellas -dice Francisco- se dibuja el rostro del Maestro, que estamos llamados a transparentar en lo cotidiano de nuestras vidas”

(n. 63). Añade que las bienaventuranzas proponen **un estilo de vida “a contracorriente”**, respecto a muchas tendencias del ambiente actual. Un ambiente propagador del consumismo hedonista y de la polémica, del éxito fácil y las alegrías efímeras, de la postverdad y sus subterfugios, de la primacía del yo y del relativismo. En cambio las bienaventuranzas -observa Philippe- proponen una **“felicidad inesperada”**, unida a una **“sorpresa de Dios”**, **“un don gratuito del Espíritu consolador”**...

Las bienaventuranzas, avisa el Papa, no son un propuesta fácil ni halagadora: “Solo podemos vivirlas si el Espíritu Santo nos invade con toda su potencia y nos libera de la debilidad del egoísmo, de la comunidad, del orgullo” (n. 65).

También J. Philippe subraya este **papel del Espíritu Santo** para hacernos vivir las bienaventuranzas, en el marco que Dios uno y trino nos ofrece y nos da a participar. Al dibujar el rostro de Jesús, las bienaventuranzas nos muestran también **el rostro de Dios Padre**: su misericordia, su ternura, su generosidad que nos transforma interiormente y nos da un corazón nuevo. “Las bienaventuranzas no son otra cosa que la descripción de este **corazón nuevo** que el Espíritu Santo forma en nosotros, y que es el mismo corazón de Cristo”.

Por eso -recuerda este autor en su introducción- los teólogos medievales ponen en relación las bienaventuranzas con los siete dones del Espíritu. En ese sentido, las bienaventuranzas son una respuesta de Jesús a la pregunta ¿cómo acoger la obra del Espíritu Santo, la acción de la gracia divina? Son a la vez **frutos y condiciones** de la acción del Espíritu. En su coherencia y unidad profunda, las bienaventuranzas son **camino personal** de madurez humana y cristiana, y a la vez **marco necesario de la vida familiar, social y eclesial**, camino y prenda del Reino de Dios.

Un programa siempre nuevo

Francisco subraya algún aspecto en cada bienaventuranza. Los Evangelios vinculan la “pobreza de espíritu” como virtud (que conduce a la libertad interior) a la **pobreza “a secas”**, que implica “una existencia austera y despojada” (n. 70) y compartir la vida de los más necesitados. Nos invitan a ser **mansos**, también como Jesús, a rechazar con humildad el engreimiento y a soportar los defectos de los demás, no escandalizarse de sus debilidades” (n. 72).

Nos invitan a “no disimular la realidad” (n. 75) dando la espalda al sufrimiento; por el contrario, nos proponen **llorar** y comprender el misterio profundo del dolor, mirar la Cruz, consolar y socorrer a los demás. Vivir **la justicia en concreto**, como se pedía ya en el Antiguo

Testamento: con los oprimidos, los huérfanos y las viudas. Actuar con **misericordia**, dar y perdonar, sabiendo que en esa medida se nos juzgará a nosotros, pues todos somos “un ejército de perdonados” (n. 72).

Nos piden los Evangelios cuidar **los deseos y las intenciones del corazón**, rechazando “lo que no es sincero, sino solo cáscara y apariencias” (n. 84). Nos impulsan a buscar resolver los conflictos, ser **artesanos de la paz**, lo que requiere “serenidad, creatividad, sensibilidad y destreza” (n. 89). Nos animan a sobrellevar algunos “problemas” que trae el camino de la santidad: **las burlas, las calumnias, las persecuciones**.

El "protocolo" de la misericordia

Todo ello está expresado maravillosamente por el **“gran protocolo”** por el que vamos a ser juzgados. Se trata de una explicación pormenorizada de aquella bienaventuranza que las representa a todas: **la misericordia**: “Porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme” (Mt 25, 35-36). La parábola del juicio final, escribe **san Juan Pablo II**, “no es una simple invitación a la caridad: es una página de cristología, que ilumina el Misterio de Cristo”. Apunta Francisco que “revela el mismo corazón de Cristo, sus sentimientos y opciones más profundas” (n. 96). E insiste en que la misericordia es el corazón palpitante del Evangelio (n. 97).

Por eso destaca oportunamente Mons. Elizalde que es **un error nocivo desvincular la acción caritativa de la relación personal con el Señor**, ya que convierte la Iglesia en una ONG (cf. n. 100). Pero también que es **un error ideológico sospechar sistemáticamente del compromiso social** de los demás, “considerándolo algo superficial, mundano, secularista, inmanentista, comunista, populista” (n. 101).

Efectivamente. Como ya señalaron sus predecesores, san Juan Pablo II y **Benedicto XVI**, Francisco declara necesario mantener vivas **a la vez la promoción y defensa de la vida junto con la sensibilidad social por los necesitados**: “La defensa del inocente que no ha nacido, por ejemplo, debe ser clara, firme y apasionada, porque allí está en juego la dignidad de la vida humana, siempre sagrada, y lo exige el amor a cada persona más allá de su desarrollo. Pero igualmente sagrada es la vida de los pobres que ya han nacido, que se debaten en la miseria, (...) y en toda forma de descarte” (n. 101). No es menos importante la migración que la bioética (cf. n. 102).

Coherencia en la vida cotidiana

Termina el capítulo tercero de la *Gaudete et exsultate* con una llamada a la **coherencia cristiana**. El culto a Dios y la oración han de llevarnos a la misericordia con los demás, lo que es, según recuerda **santo Tomás de Aquino**, “el sacrificio que más le agrada” (*S. Th*, II-II, q30, a4). En cambio, como decía **santa Teresa de Calcuta**, “si nos ocupamos demasiado de nosotros mismos, no nos quedará tiempo para los demás”.

Y así concluye el Papa con estas palabras certeras: “La fuerza del testimonio de los santos está en vivir las bienaventuranzas y el protocolo del juicio final. Son pocas palabras, sencillas, pero prácticas y válidas para todos, porque el cristianismo es principalmente **para ser practicado**, y si es también objeto de reflexión, eso solo es válido cuando nos ayuda a **vivir el Evangelio en la vida cotidiana**. Recomiendo vivamente releer con frecuencia estos grandes textos bíblicos, recordarlos, orar con ellos, intentar **hacerlos carne**. Nos harán bien, nos harán **genuinamente felices**” (n. 109).

Ramiro Pellitero, en iglesiaynuevaevangelizacion.blogspot.com.